

LOS TOROS

CORRIDAS Y NOVILLADAS CELEBRA-
::: :: DAS EL DOMINGO :::::

En Madrid el abono terminó felízmente a manos de Rayito, Barrera y Armillita Chico.-En Málaga toreó Belmonte... pero como rejoneador.-En Burgos los toros, inválidos, se lidiaron en continuo escándalo.-En Alicante el público metió a viva fuerza a un diestro en la enfermería

EN MADRID

LA ÚLTIMA DE ABONO. DOS FAENAS DE RAYITO Y DOS FAENAS DE BARRERA

Al terminar la corrida última del abono un numeroso grupo de espectadores echó sobre sus hombros a Rayito. El primer impulso fué sacarlo en triunfo por la llamada puerta de Madrid; pero, acotada esa salida de algún tiempo a esta parte, el pedestal humano osciló de un lado para otro, hasta que desapareció por la puerta de cuadrigas, dejando en pos una estela de aplausos...

En un quinto al primer toro, al acortar la distancia de un lance de frente por detrás, para que no desdijese en sus manos esa suerte, ya bien lograda por Barrera y graciamente adornada luego por Armillita Chico—al cabo hijo de la tierra de la gaonera—, a Rayito le pasó, rebosante, la bestia por el costado derecho, tan ceniada, tan apretada contra él, que las heridas de la lanza dejaron gran parte de su sangre en el ala de la casaca y en el delantero de la falegúila del bravo...

Aquella apertura fué, como buscada a compás, la medida a que ajustó el diestro todo el toreo de la tarde. Aquella mancha de sangre dió tono y color a sus dos faenas de muleta. La primera, corta y valerosa, casi toda ella sobre la mano izquierda—que arrancó a viva fuerza al agotado parlade para que aceptase el pase natural y el de pecho—, encontró el complemento del estoque: un pinchazo bien señalado y una estocada alta. La suerte, bien hecha, no se remató porque el pitón del toro no dejó cruzar al espada, deteniéndolo un instante por el chaleco.

La otra faena, al toro de Hernández—sustituto del parlade retirado, que comenzó mansurronaje y se creció en la lidia—; esa otra faena de Rayito, más larga, más torera y más emocionante, no encontró el remate de la espada. ¡Gran lástima en quien sabe matar y en quien hizo su entrada triunfal en la plaza de Madrid matando!... A los pases naturales, en serie, siguieron, en otra, espléndida, los altos con la derecha. Paseados, forzados, forzadísimos, en los que, desde que asomaban las astas por bajo del sobaco del torero, hasta que, fuera ya todo el toro, desaparecía con el peñigüero—oh, para tentarlos en seguida otra y otra vez!—, no haría nadie en la plaza que pudiese respirar... seguirlo.

La distancia inverosímil se ajustaba a la medida de aquel primer quinto. Y los ojos miraban, involuntariamente, al final de cada pase, aquella mancha de sangre...

Como en su primer toro, también al doblar éste, cuando en el cuarto viaje entró hasta el puño el estoque, dió Rayito la vuelta al ruedo y salió desde los medios, y... allí, al término de la corrida, aquél grupo de espectadores hizo el mejor resumen al diestro sobre sus hombreros...

Y, sin embargo, yo salí de la plaza pensando en Barrera. Quizá porque a Rayito lo llevase en el corazón y a Barrera en la cabeza. Porque lo del uno fuera para sentirlo, y lo del otro para pensarlo. O, más ciertamente, porque llevándose el uno su premio, veía yo salir del coso sin premiar, o sin otro premio que el de la discusión—no tan pequeño si bien se mira—, al extraordinario mulero, capaz de haber resucitado—frente a un toro inválido y a otro que no se inutilizó por obra y gracia suya—el toreo de muleta a lo largo, a lo maestro, que ya casi pertenecía a los dominios de la Historia.

Dos grandes faenas de muleta. Dos faenas de muleta inmenses. Medido el terreno, pulsados los buenos pases y el conjunto salpicado de adornos. —Sí—oigo decir—; pero sin toro...

Pues, por eso, ahí estás justamente el toque de la inmensidad. ¡Habrás ná más difícil que torear sin toro; ná más extraordinario que sacar de donde no hay? Torear sin toro, vamos, con berrío, eso ya es cosa frecuente. Torear un toro que no se tiene en pie, pero que es toro, con la cara seria, con pitones, con casta—como ese segundo de la tarde, dechado de toros bravos y nobles—, ¡ah!, ese ya es otro cantar. Solamente templándoles mucho la suerte y guíalas cuidadosamente por arriba, se consigue, a un tiempo, que anden y no se caigan. El menor descuido—aquej, por ejemplo, en el hincar la rodilla la muleta se cortó por bajo—da en tierra con ellos.

Solamente desplazándoseles en las astas a buscar de su bravura lo que no pueda dar de su fuerza, se consigue que embistan. Y cerca de las astas, la veridad, el cojo y el manco pueden herir. Cuando más se quedan en la suerte, más fácilmente.

Y del mismo orden; pero aún más meritoria, la segunda faena que la primera, «faena» comenzada en el primer tercio, desplazando al picador de tanda para que el reservado, por lo general menos fuerte y seguro, señalase los dos puyazos con que se cumplió formalmente ese requisito del reglamento.

En el tercio y en los medios; por alto y por bajo, la faena de muleta fue valerosa y torera. Sí; ¡también valerosa! No se pueden pisar esos terrenos, aun con la ayuda de la vista privilegiada, si no entra en el juego el valor. Aunque, cual en todos los terrenos de esa cuerda, la maestría dé la sensación dominante, con merma de la emoción.

Mató mal. Eso es cierto. Pero son contados los que, después de estos grandes alardes de la muleta, ponen reparos al último tranco.

Cerca de mí se sienta uno de esos aficionados ilustres: D. Cecilio Rodríguez, jardiner mayor, que no olvida delante del árbol taurino la excelente terapéutica de la poda y que más de una vez suspira por un terciado intenso» que redima al árbol de su mal. ¡Fueras las malas ramas! A éste a éste le oí murmurar: «Ha torreado muy bien ¡Muy

bien! Ahora, que hay que velar por el prestigio de la estocada.

Pero los reparos de los más hallaron su blanco en las condiciones de los toros. Y, por lo menos, a mí juicio, quizás ellas realizaron la labor de un torero, que, aun siendo de la escuela que menos hizo vibrar siempre mi sensibilidad de espectador, dejó en mí ánimo, esta tarde más que ninguna otra, una honda preocupación...

Le vi tomar el capotillo y destilar carianteceido y solitario. Y acaso por la fuerza del contraste, mis lágrimas murmuraron algo que no había oido otros días:

—¡Pues «es»!

Una alegre variación de la gaonera en el primoroso tercio de quites al primer toro... Hasta otros dos o tres quites. Y unos cuantos muleteos por bajo a su primer toro fueron todo el aval artístico de Armillita Chico. Poco, para lo que prometiera desde su aparición en Madrid el joven torero mejicano...

Ninguno de sus toros, en rigor de verdad, fué ni muy bravo ni muy alegre. El tercero, sotillo, murrió a sus manos vulgarmente. Y el sexto, que se refugió, acobardado, en las tablas, allí murió asimismo, con más pena que gloria.

Raya ya en lo curioso, y la estética me salvó de la tacha de persecución con que algunos de ellos me señalaron, lo que ocurre con los ganaderos de Salamanca. Estos toros del domingo eran del Sr. Clairac; pero hacía un año que los compró a Gamero Cívico. No ha podido, pues, poner mano en su selección, ni en su sangre. Y bien; si se exceptúa el primero, que tardó y todo cumplió, ninguno pudo hacer buena lidia.

El tercero y el sexto—bravos—por débiles. El tercero fué devuelto al corral.

Y así, por falso o por nefas, siempre que Salamanca ilustra el cartel Vean mis simpáticos amigos que no es mía la culpa si las cruzas degeneran o si los criadores no sacrifican su bosallo todo lo que el clima requiere. El que más siente este estado de cosas soy yo, por lo que padece mi ilusión de aficionado y por lo que se me aleja del coro de abrazos, reuniones y encierros con que hoy se depura y quintaeucenia la cría de reses bravas...

CLARITO

EN TETUÁN
REVERTITO Y TATO CORTAN OREJAS

Burla burlando, y como de sorpresa, asistimos el domingo a la mejor novillada de la temporada.

Se jugaron seis novillos de Abente, de libras, bien comidos y armados, codiciosos y de poder. El primero, tercero y quinto resultaron superiores, de lo mejor que se ha corrido este año en esta plaza. El segundo y cuarto cumplieron sin exceso, y tan sólo el sexto flojeó.

El contratista de caballos, no obstante los petos, no se habrá consentido a la mernua que experimentó ayer la caballeriza. Nueve jacos pasaron a mejor vida.

Aunque no hubieran toreado mulachos tan valerosos y artistas como Revertito, Tato de Méjico y Raefaelillo, la novillada hubiese resultado entretenida, pues el primer elemento para que la fiesta agrada es el toro, y los toros dejaron ayer el pabellón de la casa a gran altura.

Rafaelillo lancé con estilo, cerca y valiente. Puso un par magistral al cambio y muleteó con arte y solo en los medios, haciendo una faena que, aunque breve, fué muy torera. Una estocada atravesada, más muleteos, otro bien señalado y otra estocada, de la que rueda el bicho en el centro de la plaza.

A su segundo, el peor de la novillada, lo saludó con verónicas magistrales, y con pocos pases lo despachó de una estocada hasta la bolla y un descabello. Se pidió la oreja, que la presidencia no concedió, y el diestro tuvo que conformarse con dar la vuelta al ruedo entre una clamorosa ovación.

Revertito puso su papel gran altura. A su primer le dió unos capotazos magistrales, que le valieron muchas palmadas. Hizo una faena primorosa. Ciento que el de Abente se compuso la muleta de guro codicioso, y ciento que tomaba los vuelos de la misma como un ciento cordillero; pero reconozcanmos que Revertito supo aprovechar tan magníficas condiciones para lucirse y demostrar que es un torero. ¡Bravo muchacho! La faena la inició con el pase de la muerte, y fué empaldo y derribado. La cogida, emocionante, no tuvo, por fortuna, consecuencias. El valiente mulachito se levantó con la cara llena de sangre, y se dirigió nuevamente al toro, no permitiendo ser llevado a la enfermería. Volvió con la muleta a su enemigo y le instrumentó varios pases estudiados, siendo nuevamente enganchado. Otra vez se rehizo el torero del mayúsculo susto, y dejó una estocada formidable. (Ovación, oreja y vuelta.)

También cortó Revertito la oreja del segundo. Luego de enorme faena, se arrancó despacio, dejándose ver, ejecutando a la perfección los tres tiempos del volapié, cobrando una soberbia estocada. Todo el público, unánimemente, puso en alto el pabellón blanco. También en el palco de la presidencia se hizo señal de la concesión del premio más preciado para un torero.

En el tercio y en los medios; por alto y por bajo, la faena de muleta fue valerosa y torera. Sí; ¡también valerosa! No se pueden pisar esos terrenos, aun con la ayuda de la vista privilegiada, si no entra en el juego el valor. Aunque, cual en todos los terrenos de esa cuerda, la maestría dé la sensación dominante, con merma de la emoción.

Mató mal. Eso es cierto. Pero son contados los que, después de estos grandes alardes de la muleta, ponen reparos al último tranco.

Cerca de mí se sienta uno de esos aficionados ilustres: D. Cecilio Rodríguez, jardiner mayor, que no olvida delante del árbol taurino la excelente terapéutica de la poda y que más de una vez suspira por un terciado intenso» que redima al árbol de su mal. ¡Fueras las malas ramas!

A éste a éste le oí murmurar:

«Ha torreado muy bien ¡Muy

bien! Ahora, que hay que velar por el prestigio de la estocada.

Pero los reparos de los más hallaron su blanco en las condiciones de los toros. Y, por lo menos, a mí juicio, quizás ellas realizaron la labor de un torero, que, aun siendo de la escuela que menos hizo vibrar siempre mi sensibilidad de espectador, dejó en mí ánimo, esta tarde más que ninguna otra, una honda preocupación...

Le vi tomar el capotillo y destilar carianteceido y solitario. Y acaso por la fuerza del contraste, mis lágrimas murmuraron algo que no había oido otros días:

—Que se repita!

E. AYENSA

EN VISTA ALEGRE
OTRO EXITO DE ALFONSO REYES

Un éxito grande, un triunfo sin precedentes fué el alcanzado el domingo en la alegre «ex chata» por el caballero rejoneador D. Alfonso Reyes. Sin el novillo recordado, chico de cuerna y de tipo, sino con el toro—veintiocho o treinta arrobas sobre los lomos, el artista en un momento de inspiración supo ir tejiendo paulatinamente su éxito. Un toro enorme, con abundantes defensas y por añadidura poco bueno, no era lo más a propósito para la conquista de aplauso, pero Reyes, sobre su jaca torda, ramosa y como la «Bordón» de Cañero, salió decidido a reiterar lo hecho en tareas anteriores, y no sólo lo consiguió sino que además lo aumentó. A la falta de bravura del animal echó el hombre su valor, y así, jugando todo en cada envite, clavó varios reajes admirables y cuatro pares de banderillas, uno de ellos con tanta guapeza y maestría colocado que el público—que casi llenaba la plaza—le obligó a interrumpir la faena para dar la vuelta al ruedo en medio de una clamorosa ovación, que tuvo una segunda parte cuando el presidente ordenó el cambio de tercio.

En su segundo, más manso que el anterior, también Alfonso Reyes cosechó abundantes aplausos.

Buenas pruebas de las simpatías con que cuenta y de cómo va engrosando el número de amigos y admiradores es la de que el sábado hubo otra fiesta en honor del Sr. Reyes.

Se celebró en la misma plaza, y como «postre» de la cena se sirvió un becerro, que puso en suspensión

momento al librarse a Torres de una coqueta.

Enrique Torres.—Al tercero le suministró unas verónicas superiores. (Ovación.) En quites, muy bien. Con la muleta, sólo y en el centro del ruedo, domina a fuerza de consentir y aguantar. Mata de una en su sitio. (Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee, que está en un palco, trastea a su enemigo confiado y elegante. Mata de una buena y un descabello. Se le despide con una ovación.

(Ovación y vuelta.)

Al que cierra plaza le torea estupendamente. (Ovación.) Después de brindar a Dundee,